Página Abierta

COLABORACIONES

La guerra en los altos espacios

JULIO MANEGAT

Parece que los hombres somos capaces de llevar nuestro afán destructor hasta los mismos espacios angélicos. Si pudiésemos, desde luego lo haríamos. Desde que Caín mató a su hermano a golpes de quijada, parece que no hacemos otra cosa que inventar nuevos sistemas para destruirnos los unos a los otros.

Ahora, desde hace unos días, se habla de la bomba de neutrones que, según esas explicaciones escalofriantes de los técnicos, es una bomba que mata muy bien y que además tiene la ventaja de destruir muy poco. Es un prodigio de delicadeza para que las ciudades —¡tan bonitas, con sus calles y jardines, sus museos y sus colegios para niños buenísimos que acabarán siendo, acaso, hombres malísimos— no queden asoladas.

Un ingenio que destruye, o mata, por radiación a los seres vivos, pero que respeta el entorno físico. Una delicia, vamos. Seguramente será compañera de las bonitas bombas llamadas de depresión, también muy asépticas, que destruyen «simplemente» el oxígeno ambiental, con lo que en un determinado radio, tal vez un kilómetro cuadrado, desaparece toda clase de vida. Sin sangre. ¡Con lo molesto que es limpiar la sangre de las guerras...!

Los americanos son los que han inventado la bomba nuclear de neutrones. Los rusos, claro, han dicho que ellos no se amilanan y que están en condiciones económicas, científicas y materiales para, por lo menos, estar en igualdad de condiciones que los americanos. A esto se le conoce con el precioso nombre de «equilibrio del terror»; equilibrio que, en definitiva, viene a decirnos que vivimos sobre un inmenso almacén de armas mortíferas, sobre un polvorín infernal que acaso, si tan arruinadas se ponen las economías mundiales, estalle en cualquier momento.

El caso es que ya se habla de algo así como de «guerra entre satélites artificiales». Osea, de armas capaces de destruir los satélites artificiales del enemigo porque éste puede disponer de satélites capaces de destruir no sólo satélites espía o inocentemente meteorológicos, sino naves espaciales. El Departamento de Defensa de los Estados Unidos dice que «existen tecnologías de alto riesgo que tienen que ser desarrolladas». Como la bomba de neutrones, la depresión y otras sutilezas que pondrían los pelos de punta a Jack el Destripador.

Ya no tenemos bastante con las armas de tipo, por decirlo de alguna manera, convencional. Necesitamos inventar la guerra entre satélites o incluso entre naves espaciales. Y seguimos sin querer enterarnos, que también es una forma de decirlo, de que la única guerra justa que tiene planteada la Humanidad es la guerra contra la guerra, contra el hambre, contra la incultura, contra el odio, contra la injusticia y la opresión del hombre por el hombre. Pero todo esto, claro, al lado de la bombita de neutrones que mata la vida y no mata la piedra, es como de risa, ¿no les parece?

Agricultura e industria

ADOLFO MAILLO

El subrayado profundo que hacemos sobre la necesidad inminente de una reforma agraria en Extremadura ha de entenderse con dos especificaciones importantes: se refiere la primera a que en modo alguno nos oponemos a una meditada industrialización, y atañe la segunda a que no intentamos defender en 1977 el tipo de reforma de 1932, contra la cual se alzaron clamores lingüísticos tempranamente y después otros que produjeron efectos más deplorables.

La industrialización, lo mismo que la reforma agraria, constituyen factores imprescindibles de la transformación de las estructuras que nuestra región imperiosamente reclama. Por cierto, es digno de señalarse que la prensa que hace dos años defendía insistentemente dicha transformación, considerándola como una panacea, ha enmudecido acerca de ella, eclipsado su relieve, acaso, por el fragor de la liza política, centrado hace escaso tiempo por las elecciones y ahora polarizado en torno a la futura Constitución. Conviene, sin embargo, no dejar de la mano el tema, clave de cuanto pueda cambiar de verdad la fisonomía económica y social de España.

Las estructuras económicas extremeñas siguen basándose, como hace cinco siglos, sobre los cimientos movedizos de una agricultura y una ganadería sometidas hace tiempo a embates diversos y ahora sufriendo los cada días más duros emanados de la competitividad con los productos de los países que forman parte del Mercado Común, los cuales, obedeciendo aún los reflejos nacionalistas, defienden rudamente sus ventas agrícolas, como lo prueba las recientes declaraciones sobre la protección a la agricultura provenzal del presidente Giscard D'Estaing.

La nueva situación internacional, así como la evolución de las circunstancias españolas, aconseja, por consiguiente, dos cosas: estudiar con gran detenimiento la índole de la industrialización de las zonas deprimidas o subdesarrolladas, por un lado, y por otro, o planificar una reforma agraria acomodada a las circunstancias actuales, tanto en el plano nacional como en el horizonte delimitado por nuestro indispensable acceso al Mercado Común. Ambas exigencias reclaman, por parte de legisladores y conterráneos, tanta decisión como capacidad inventiva, presidida por un estudio detallado de cuantos factores sea necesario tener en cuenta a la hora de decidir lo que postula un patriotismo fundado en la justicia social.

Ahora bien: en tributo a la sinceridad, requisito «sine qua non» de toda reflexión sobre el porvernir extremeño, diremos que, por lo que se refiere a la industrialización, constituye un síntoma poco halagador la dimisión de Julio Cienfuegos del cargo de presidente de la Sociedad para el Desarrollo de Extremadura (SODIEX) fundándose en la lentitud de las gestiones encaminadas a determinar nuestra necesidades para ponerles inmediato remedio. Por otra parte, pensamos que la industrialización, postulada por los impulsores de esta Sociedad, nacerá falta de una perspectiva abarcadora de la problemática estructural de la región, si no va acompañada de un estudio exhaustivo de la necesidad, exigencias inaplazables y características rectoras de la reforma sin la cual continuará «per in secula seculorum» la situación actual de paro, emigración, dependencia «señorial» que Extremadura padece desde hace siete siglos y que hace de ella una colonia económica de los dueños de grandes latifundios.

El análisis paralelo de industrialización y modificación de las estructuras económicas y jurídicas de la propiedad rústica viene urgido, además, por vinculaciones inevitables entre ambos sectores económicos, por las estechas conexiones existentes hoy entre el capital fundiario y el gran capital financiero, a causa del continuo drenaje que éste realiza de los ingresos procedentes de aquél, lo que equivale a «rizar el rizo» de la evasión de las rentas, ante la cual el polo productor no tiene otra respuesta que la emigración en busca de mercados capaces de recibor su «fuerza de trabajo». Es así cómo tiene lugar la oposición radical le las clases sociales, negada por plumíferos a menudo traidores a sus orígenes sociológicos y culturales.

La reforma agraria, por otra parte, en manera alguna debe inspirarse en el modelo, ya obsoleto, de la pequeña propiedad familiar, causa, entre otros factores, del fracaso comercial del famoso Plan Badajoz, si técnicamente perfecto aquejado de una visión decimonónica de los tipos económicos de explotación exigidos por nuestro tiempo (el tiempo de las «fábricas de cereales» norteamericanas, que sirve de «alibi» frecuente de los enemigos de una parcelación que, por otra parte, ya nadie defiende).

En la época de la mecanización agrícola sería absurdo pensar en el simplista y estéril «reparto de tierras», fórmula de la etapa infantil de las reformas agrarias, menos defendible que en parte alguna en Extremadura, donde es necesario buscar estructuras susceptibles de domeñar un individualismo selvático y una insolidaridad que es la causa principal de todos nuestros males. Sin desdeñar totalmente algún pequeño predio donde la iniciativa personal encuentre pábulo y sostén, es evidente que deben fomentarse las fórmulas cooperativas (tan decantadas y loadas durante los últimos años como torpedeadas por todos lados), así como la devolución o nueva adscripción a los pueblos de propiedades que les sirvan de mecanismos económicos de seguridad, análogos, «mutatis mutandis», a los antiguos pósitos, cuyo origen, desarrollo y muerte nadie estudia ni, por tanto, conoce.

Todo ello es sumamente arduo y reclama meses de trabajo ferviente por parte de técnicos, políticos e intelectuales que se sientan «conciencia del pueblo». Pues nada podría conseguirse si a la modificación de las estructuras económicas no acompaña una planificación muy determinada de los tipos diferentes de explotación, así como un planteamiento serio de las formas culturales aptas para este renacimiento de Extremadura cuya aurora acaso conozcan nuestros nietos algún lejano día.

HUMOR DE HOY